

# EL SUEÑO DE UN NIÑO

AUTOR: Christian Carbajo García

En un pueblo pequeño, de cuatro casas contadas y de ellas la mitad abandonadas, nació Juan. No era muy grande, de piel rosada, ojos color cielo y cabello negro. Juan vino al mundo entre sabanas desgastadas y mantas heredadas, gritando, berreando.

Juan fue creciendo y sus chillidos también. Protestaba, lloraba, pataleaba y de vez en cuando, si no te andabas con ojo, te cogía la cuchara y la arrojaba con fuerza contra el suelo haciendo verdaderas pinturas rupestres de yogur y puré. Juan era inconformista, rebelde, independiente, tanto como un niño de seis años lo puede ser. No le gustaba estar con gente desconocida, pero tampoco quería estar solo. Juan era en definitiva un niño de seis años.

Cuando cumplió ocho “nos llevamos” a ver el mar. Mi mujer me miraba de reojo mientras hacíamos las maletas.

—¿Tú estás seguro? —Me preguntaba —Lo podemos dejar para el año que viene. Dentro de un mes nos viene el seguro del coche y gastar lo ahorrado en ir a la playa un fin de semana...no sé...

—No te preocupes mujer. —Le decía desde la otra habitación mientras Juan atravesaba nuestras palabras corriendo por el pasillo. —Y si lo vemos muy difícil, le pido un adelanto al jefe, —eso no le había gustado— tú mira al chaval lo contento que está, ¿le decimos que no vamos? —Agitó la cabeza y me mando a paseo mientras volvía a entretener sus pensamientos en los enseres que debíamos llevarnos.

Montamos todos en nuestro coche, que después de tantos años, podríamos considerarlo hasta parte de la familia. Se quejó al arrancar, Juan imitó el sonido. Le miramos y se nos escapó la risa.

Nos pusimos en marcha. El viaje fue transcurriendo entre canciones, miradas furtivas al retrovisor buscando el color azul y caricias en el muslo enfundado en unos vaqueros grises. Cuando llegamos, el inquieto rapaz calmó. Observó con detenimiento, se asombró desde la ventanilla trasera.

—¿Quieres que vayamos a verlo ahora?

—Sí, por favor, sí.

—Luego bajamos, ahora tenemos que ir al hotel a dejar las maletas. —Respondió nuestra jefa.

—Va, mujer, no ves que le está prestando mucho, no seas así. Vamos primero hasta allí, que lo vea, y luego vamos al hotel.

—Sí mama, primero vamos a ver el agua y luego vamos a donde tú quieras, ¿vale?

Raquel se lo pensó, pero al final acabó cediendo.

—Venga anda, pero solo un ratito, ¿vale? Que luego tenemos que ir al hotel para coger la habitación.

—Vale.

—Ale, dale una mano a papa y otra a mí que hay que cruzar.

Así nos encaminamos hacia la playa. Nosotros caminando, Juan iba saltando. En cuanto pisamos la arena la expresión del pequeño cambió. Estaba aterrorizado. No sabía por qué había tanta agua, por qué no podía ver el final. Nos explicó que tenía miedo de que se derramara sobre él. Le explicamos que no tenía por qué tener miedo, respondimos a sus inquietudes y cuando parecía que lo había entendido, un avión en pleno descenso desvió la atención para volver a maravillar la mente de Juan.

—¡Está volando! —Gritó señalándolo. — ¡Es enorme!

De camino al hotel, el mar había quedado en un segundo plano y las preguntas iban dirigidas hacia, cómo era posible que un aparato tan grande volara. Y la verdad es que ni Raquel ni yo sabíamos cómo. Una vez habíamos deshecho las maletas y estábamos instalados en la habitación, nos sumergimos en internet en busca de esas preciadas respuestas que con tanto ahínco demandaba nuestro vástago. Encontramos mucha información muy técnica. Después de desmenuzarla en nuestras cabezas, la pasamos por el pasapuré y empezamos a explicarle de manera sencilla como era posible. Le explicamos el concepto de velocidad corriendo por la habitación. Extendimos las manos y le explicamos lo que hacía el aire soplando por debajo de sus brazos.

Después de cenar Juan cayó dormido, nosotros nos quedamos un rato hablando. Al final dimos con una conclusión, y aunque nos habíamos preparado para venir a la playa,

quizás le guste más ver un aeródromo. A nosotros no nos atraía mucho la idea, pero la decisión recaería en el niño de ojos azules que ahora dormía plácidamente.

El guaje amaneció con el Sol, al parecer había soñado que volaba con dos alas de metal en los brazos sobre el mar y que acababa encontrando el final de éste. Nos explicó que el agua se derramaba por el otro lado, por el que no se veía, y que ahora estaba más tranquilo porque si se estaba cayendo por otro sitio no podía caerse por nuestro lado.

—Juan, cariño —empezó Raquel atrayéndole a la cama —, que te gusta más, el mar o los aviones.

—¡Los aviones! —Saltó de la cama y empezó a hacer que volaba por la habitación. Nos miramos y aunque no dijimos nada, supimos perfectamente lo que estábamos pensando.

—Para la próxima. —Le dije susurrando y maticé con un beso.

Estábamos de nuevo en camino, pero esta vez hacia el aeródromo más cercano. Tras varias indicaciones, pudimos encontrar un sitio desde el cual ver las avionetas despegar. Nos habíamos avituallado en un supermercado. Teníamos embutido, queso, empanada, jamón york y tortilla de patata. Cogimos la manta que teníamos en el coche y la estiramos en la hierba. Estábamos en una especie de montículo entre árboles con vistas a la pista 29. No tardó mucho el baile de aeronaves para deleite de Juan.

La sonrisa de nuestro pequeño traspaso la barrera del tiempo llegando a sus dieciocho recién cumplidos inmerso en un simulador de vuelo online. La velocidad contratada no le dejaba en muchas ocasiones disfrutar con plenitud del juego, pero él nunca protestó, aunque hasta nosotros veíamos lo cuesta arriba que se le hacía.

Un día mientras salía del trabajo me di de bruces con un cartel que anunciaba uno de esos productos financieros de los que tanto huía. Ya nos habíamos informado de cuanto nos costaría llegar al sueño de un niño que cambió la playa por un montículo a ras de pista.

—No sé...es muy arriesgado...—el miedo me podía, me sentía inmóvil ante la cantidad tan exagerada. Ni si quiera era capaz de imaginar ese dinero en mi poder, menos aún gastarlo.

—Escúchame cariño, te entiendo, vamos que si te entiendo, me tiemblan las piernas solo de pensarlo —me decía mientras se sentaba en la silla de cocina acolchada con un cojín marrón. —Pero si nosotros no le apoyamos, nunca podrá conseguirlo, menos aquí.

—¿Pero como podemos afrontar tal gasto? —yo sacudía la cabeza.

—Vamos a dejarnos la piel, pero confío en que él lo conseguirá. —Se levantó se acercó y me dio un beso nervioso — ¿sabes que te quiero, verdad? — Con cada beso que me daba iba recobrando la seguridad — Somos un equipo, lo conseguiremos. —Me abrazó con fuerza mientras una lágrima se deslizaba lenta por el pómulo.

Así fue como de una manera tan simple hipotecamos la casa por segunda vez. Juan era la persona más feliz del planeta. Cada día volvía de la academia con una sonrisa, a pesar que tenía que viajar durante dos horas para llegar y otras dos para volver. Las cosas le iban muy bien y nosotros, aunque ya no le veíamos más de cinco minutos al día, estábamos muy orgullosos de él.

Cada día Raquel y yo nos levantábamos para construir el futuro que Juan merecía. Cada día de la semana lo pasábamos entre dos trabajos cada uno.

Un día Raquel se hizo daño en la espalda, quedando en la cama. No podía casi ni moverse. Tuve que encargarme del trabajo que no pudo terminar de hacer. Nosotros no podíamos fallar o todo lo que habíamos conseguido no habría servido para nada. Cuando llegué a casa a las dos de la mañana, la monté en el coche y fuimos a urgencias. Estuvimos tres horas esperando a ser atendidos a causa de la falta de personal. Los recortes habían precarizado el sistema sanitario, pero aun así dábamos gracias por tenerlo. De haber tenido que pagar, quizás no hubiéramos tenido dinero para comer una semana.

—Cómo te encuentras —le dije mientras le agarraba la mano.

—Bien, bien, no te preocupes, después del pinchazo estoy como nueva.

—Se le recomienda que guarde reposo durante una semana o podría empeorar. —Nos decía la doctora mientras la ayudaba a levantarse.

—Gracias doctora, me encuentro mucho mejor.

—Bueno, ahora vamos a dormir. —Ella me miró. No dijo nada hasta estar en el coche.

—Me hice daño en la espalda, no en la cabeza, sé qué hora es y no puedes seguir sin dormir —dijo con ese tono que ponía antes de empezar una discusión de llevarle la contraria. Un tono de aviso, dejando entre ver el futuro.

—No podemos fallar Raquel, ya lo sabes. Tú concéntrate en recuperarte, te necesito, somos un equipo, ¿recuerdas? — Ella asintió, arrugó la cara, pero no dijo nada más. De camino se había quedado dormida. Cuando llegamos Juan ya se había ido.

Raquel consiguió recuperarse antes de lo esperado y volvimos a la misma dinámica de antes. Sabíamos que era duro, pero también sabíamos que este esfuerzo estaba siendo aprovechado. Las notas de Juan no dejaban de mejorar y mes a mes fueron transcurriendo los años hasta llegar al tercero.

Ese día nos encontramos a Juan sentado en la cocina leyendo un papel. Estaba apoyado con un codo en la mesa mientras se tapaba la boca con la mano izquierda.

—Hijo, ¿pasa algo? — le dije mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero de la entrada. — ¿Pasa algo hijo?—repetí mientras me acercaba.

—Lo siento...— susurró. No entendí nada, así que me acerqué. Pasó por mi cabeza las notas, me preparé para consolarle de manera inmediata. —Dime hijo, que te pasa. —Me senté a su lado.

—Lo siento papa... —empezó a llorar mientras intentaba frenar las lágrimas. —Lo siento muchísimo... —y rompió a llorar. Sonreí, acerqué su cabeza a mi pecho.

—No pasa nada hijo, nadie es perfecto. Hoy te pudo salir mal un examen, pero los dos sabemos lo mucho que te esfuerzas. Tú no te preocupes, una batalla se puede perder siempre y cuando al final ganemos la guerra. Si yo te contara...

—No lo entiendes papa, yo...—no pudo continuar.

—Vale ya, anda, anda, que no pasa nada. Has llegado hasta donde has llegado por tu esfuerzo, y seguirás avanzando, ¿qué ahora has flaqueado? bueno, pero ya verás como para la próxima vuelves a esas pedazo de notas que tanto nos enorgullecen a tu madre y a mí —él seguía intentando controlar el llanto —, ya verás cómo tu madre te dice lo

mismo, pero si te ve así a lo mejor te echa la bronca por ponerte de este modo, fíjate que disgusto has pillado a lo tonto.

—Papa —dijo apartándose —que no es eso...joder papa...—cogió la nota y me la dio mientras miraba hacia otro lado. Cogí el papel y empecé a leer. Mi sonrisa fue desapareciendo mientras leía. Mi corazón se encogía con cada sílaba.

Juan dormía en el sofá cuando Raquel entró por la puerta. Miró extrañada pero continuó hasta la cocina.

—¿Qué hace éste durmiendo ahí? —dijo mientras se acercaba para plantarme un beso. Un beso que no llegó a darme en cuanto vio mi rostro. La nota reposaba en la mesa de la cocina. Sobre el mantel azul de flores. —¿Qué es eso? —preguntó a la defensiva.

—No sé qué decirte cari —me temblaba la voz. Sin dilación cogió la hoja y se puso a leer. Al principio aguantó de pie, pero acabo por sentarse. Cuando terminó de leer posó la nota en lo que parecía que ya era su sitio.

—¿Y ahora qué? —preguntó mordiéndose el labio inferior con fuerza, susurraba la cifra mientras negaba con la cabeza. —¿de dónde vamos sacar otros veinte mil?

—Se acabó Raquel, esto se ha acabado, ya no podemos más. No tenemos ningún aval. Nadie nos va a prestar veinte mil euros. —La abracé con fuerza y fue entonces cuando ella desahogo toda la rabia y la impotencia que sentía.

Juan dejó de ir a la academia y se puso a trabajar en la ciudad. El camino era más corto que al aeródromo. La sonrisa, al final, quedó atrapada en el tiempo y con ella también quedó el niño de ocho años de ojos color cielo y pelo negro.

Una noche de invierno el coche en el que volvía Raquel patinó, o quizás se quedara dormida al volante. Su coche realizó varias vueltas de campana, los médicos determinaron que había muerto al instante.

El entierro fue sencillo, sin muchos adornos. Casi no acudió nadie. No teníamos relación con mucha gente, tampoco hubo tiempo.

Un año después de la muerte de su madre, Juan desapareció. Fue un año de varios roces entre nosotros hasta que la relación no pudo aguantar más.

Y yo...bueno, yo ahora estoy más tranquilo. Tengo mucho tiempo para escribir, leer, hacer ejercicio, hasta me he apuntado a un taller de marquetería. Los guardias me tratan bien e intento no meterme en problemas.